

La Reina y los inquisidores

Curiosa y significativa es la cantidad de enemigos que han coincidido en la reticencia o la crítica a doña Sofía. El portavoz del PP y un hombre fuerte del PS; el republicanismo histórico español y el independentismo catalán; izquierdistas de salón y derechistas de tomo y lomo.

Y todos ellos, sumando su reticencia a los grupos de presión que se sienten ofendidos por las sinceras pero mesuradas palabras de la Reina. Aunque las declaraciones del Gobierno, en particular las de la vicepresidenta De la Vega, no dejan lugar a dudas, y aunque la rectificación del PP no tardó en llegar, un fondo de distancia crítica y un juicio resabiado y fundamentalista se han filtrado en los entornos mediáticos de derecha e izquierda.

Mejor habría estado callada, se dice y repite, mientras se subrayan las opiniones que, separadas del contexto, pueden servir para armar una nueva polémica inquisitorial: no queremos una reina si no se comporta como una estatua.

¿Por qué no se calla?, pregunta con retintín un prohombre socialista catalán. Por supuesto, el nacionalismo catalán moderado no opina, como si la película no le concerniera. Igual que el presidente catalán. No es extraño: en la Catalunya oficial (la política, la televisiva), los reyes produ-

cen o risa o indiferencia. Junto con el Papa, los reyes son los únicos personajes de *Polònia* cuya caricatura no es una exageración de un rasgo verdadero. Se supone que la presencia de Sofía es cómica en sí misma. En este contexto de republicanismo facilón, diríase que en Catalunya nadie se detiene a pensar en dos aportaciones capitales de la monarquía.

Primero: todos los ataques que ha recibido por tierra, mar y aire la autonomía catalana en los últimos años, todas las propuestas de renacionalización jurídica y cultural de España fantasean con una república unitaria a la francesa o, en su defecto, como ayer explicaba Enric Juliana, han presionado al Rey para que se comporte como su abuelo Alfonso. El Rey es un aliado objetivo del actual *statu quo* catalán (que, con todos sus defectos y actuales incertidumbres, es el mejor que Catalunya ha tenido desde 1714). El difuso y frívolo republicanismo catalán es, desde este punto de vista, un aliado ignorante de los esfuerzos más agresivos y precisos que está realizando el neoespañolismo (infinitamente más fuerte hoy que en los años de la transición).

El otro gran factor de compromiso de la corona con Catalunya son sus constantes gestiones internacionales a favor de empresas catalanas. Tales gestiones son des-

conocidas por el gran público, pero no por la clase dirigente. A estas dos razones hay que sumar los años de prosperidad y libertad que, en buena medida, son consecuencia de la estabilidad institucional que aporta la monarquía.

Y, sin embargo, las palabras de la Reina (discutibles, cierto, pero no inoportunas en una democracia madura) han servido para mostrar los achaques de nuestra

Ni en Catalunya ni en el resto de España existe coraje para afrontar los tópicos de rendimiento populista

treintañera democracia. Son muchos los que coquetean con la ruptura del orden actual. Y la crisis puede darles mucha pólvora retórica.

En este contexto, es importante distinguir lo esencial de lo secundario. En teoría, la izquierda y la derecha españolas, así como el catalanismo central, agradecen a la monarquía sus aportaciones. Pero en los momentos de dificultad, o se echan atrás, o adoptan poses de republicana señorita Rotenmeyer o coquetean directa-

mente con el arribismo. Por supuesto, no se atreven a plantar cara a los adversarios de la moderación.

Renunciar a las viejas señas de identidad de los tiempos de las trincheras y afirmarse monárquico para defender el legado de tantos años de bienestar democrático sería la continuación lógica de la transición. Pero ni en Catalunya ni en el resto de España existe hoy en día coraje o autoridad moral suficientes para enfrentarse a los tópicos ideológicos de rendimiento populista.

Después de 30 años de paz verdadera (sin imposiciones, aunque con mutuas e inteligentes concesiones), vinculada a la libertad y la prosperidad, renacen los viejos maniqueísmos españoles. Sea hablando de la guerra, del franquismo o de la monarquía, renacen con un vigor sorprendente, dispuestos a aguar el ejercicio de moderación y cordura que ha beneficiado a la inmensa mayoría.

Renacen dispuestos a cargarse la senda concesiva e inclusiva. Regresan para reanimar la pulsión fratricida, para enfatizar el fundamentalismo ideológico, para exigir el exclusivismo cultural o patriótico. Revive el viejo fondo inquisitorial de la tradición española, visible en todos los partidos, en todas las opciones patrióticas, en casi todos los medios de comunicación.●